

Grandes olas, formadas á lo largo, y obedientes mas bien á la fuerza de la marea que á la violencia del viento, avanzaban lentamente en la bahía, y despues de haber chocado contra las primeras rocas, y reposarse un momento sobre los bancos de arena, volvian á tomar su empuje y acudian, ruidosas, á invadir las playas, cubriéndolas de blanquecina espuma.

Al retirarse, dejaban tras sí una rastra de ovas y plantas marinas que llenaban el ambiente de acres perfumes.

Centenares de aves acuáticas, retenidas hasta entonces por el frio en el Mediodía, hacian su primera aparicion en las costas de Bretaña y saludaban con sus gritos aquella tierra amada.

La flotilla señalada mar adentro una hora antes, fondeaba en el puerto, y los pescadores que la tripulaban, despues de haber cargado sus velas, remaban entonando una antigua y pintoresca cancion bretona.

Estos cantos, estos gritos, estos perfumes, este espectáculo, esta inmensa voz que se elevaba del mar, lastimera por momento, sonora y magestuosa en el instante inmediato, este solo este calor, este aire puro y vivificante infundian nueva vida en Luciano, calentaban su sangre y le daban ardores desconocidos.

Ya parecia olvidar su reserva habitual.

Notábase en sus maneras mas naturalidad y abandono.

Su aspecto era menos rígido.

Como su chaleco le venia algo justo, no habia temido desabotonarlo por arriba.

En el cuello de su camisa percibíanse brisadas y machucamientos, sin duda premeditados.

Su corbata estaba mas lacia.

Los vuelos de su levita, echados hácia atrás, le ponian en contacto mas directo con las brisas del mar.

En fin, para preservarse de los rayos del sol, no vaciló en colocar un pañuelo entre su cabeza y su sombrero negro de copa.

Sus maneras estaban en relacion con tan irregular *toilette*.

Iba y venia por la playa, aspirando el aire, recogiendo pechinas, avanzando sobre la arena húmeda cuando la ola, al retirarse, la dejaba en descubierto, y huyendo á toda pierna ante la ola que volvía un momento despues.

Por último, un tanto fatigado por este ejercicio gimnástico, por su viaje y por el aire corriente á que no estaba habituado, habíase atrevido, aprovechando uno de esos hoyos que los muchachos escavan en las playas, á sentarse en él, la mitad superior del cuerpo sobresaliendo de la arena, y las piernas colgantes dentro del hoyo.

Un cuarto de hora haria que se encontraba en esta posicion caprichosa, cuando vino á reunirse á él, por no decir á sorprenderle, un hombre de unos cuarenta años, vestido de cutí blanco, ostentando en la cabeza un magnífico panamá y llevando en la mano uno de esos parasoles de mango de bambú, forrado de seda verde.

—No me engaño, exclamó el reciénvenido plantándose frente á Luciano, al otro lado del hoyo; ¡nuestro querido sustituto en las aguas del Pouliguen!

—En efecto, dijo Luciano, un tanto confuso y disponiéndose á levantarse.

—¡Quieto! ¡quieto! ¡estais muy bien ahí! Tomad; voy á sentarme frente á vos. Ya que mis hijos han hecho este hoyo, justo será aprovecharnos de él.

—¿Sigue bien de salud la señora Desvignes? preguntó Luciano.

—Perfectamente. Ha salido á dar un paseo al Bourg de Batz. Por mi parte, prefiero no fatigarme. En los baños de mar me limito á conversar, á mirar, á respirar. ¿Pensais pasar algunos dias en el Pouliguen?

—No sé; mi madre, segun creo, anda buscando un albergue; ¿lo encontrará?



—Lo dudo; tenemos mucha gente este año.

—En tal caso nos iremos al Croisie.

—Mucho lo sentiré. Aquí hubierais podido distraeros. En mi calidad de armador he hecho venir una embarcacion, que habria puesto á vuestro servicio. Quedaos, quedaos aquí.

—Pero, ¿si no encontramos alojamiento!

—¡Vaya! ¡buscándolo bien! ¿No os bañais?

—Tentaciones de ello me han dado poco há; pero como nadie me dá el ejemplo...

—Esperad. Antes de una hora vereis acudir á la playa á una bandada de encantadoras mujeres, morenas ó rubias, gordas flacas, en trajes de todos colores. Los dias de gran marea, sobre todo cuando el mar está agitado, nadie se atreve á bañarse en la creciente; esperan á que la resaca, al alejarse, haya perdido su fuerza. Solo hay en el Pouliguen una persona capaz de tomar su baño en tales momentos.

—¿Y quién es?

—Una mujer, ó mejor dicho, una señorita.

—¿Nantesa?

—Nó; parisiense. Vive en Nantes con su padre, desde hace algunos meses. No creo que la conozcais.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre de pila es Diana; su apellido Berard, y su apodo...

—Tiene un apodo! una señorita!

—No es culpa suya, sino mia... pues con él la bauticé...

—Y ¿cuál es?

—La mujer de fuego.

—¡Ah! ¡bah! y ¿en qué sentido lo tomáis?

—En el mejor de todos los sentidos, creedlo, señor sustituto. A pesar de la reputacion de ligereza con que me honran los señores nanteses, envidiosos de verme pasar la mitad de mi tiempo en París y de allí divertirme sin ellos, soy incapaz de

perjudicar á la reputacion de una jóven, algo escéntrica tal vez, pero perfectamente honrada.

—Y ¿qué significa ese apodo?

—¿Habeis oido hablar alguna vez de la fosforescencia del mar?

—Cierto que sí, y hasta he leído en mis cortos ratos de ocio algunos libros que tratan de este fenómeno de la naturaleza: Quatrefages, por ejemplo, Becquerel, y Verne en su novela: *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—¡Diablo! ¡pues estais mas adelantado que yo! Pensaba deslumbraros y vos sois quien, con vuestra ciencia, me confundís; habíanme dicho que erais un hombre estudioso, un erudito. Por mi parte, he visto el efecto, lo he admirado pero no conozco la causa; si la sabeis, instruidme.

—Durante largo tiempo se ha atribuido esta fosforescencia á una especie de electricidad luminosa que se desprenderia del Océano; mas hoy la ciencia le dá un origen bastante diverso. Segun la nueva teoría, miriadas de animálculos microscópicos, de infusorios pelagianos, especie de glóbulos fosforescentes, se escapan del fondo del mar, bajo la influencia de ciertas condiciones atmosféricas, suben á su superficie y la iluminan de repente con mil resplandores de mágico efecto. En los trópicos, es sobre todo donde hay que admir artan magnífico espectáculo.

—Tambien se disfruta de él en el Pouliguen, os lo aseguro.

—¡Ah! ¿de veras? ¿con que el mar, aquí, es fosforescente?

—Muy á menudo, en los meses de julio y de agosto.

—¡Qué me place! ¡podré gozar de ese espectáculo! Pero parece que nos hemos alejado mucho de nuestro punto de partida. Si no me engaño, hablábamos del apodo dado á la señorita Diana Berard.

—Estamos, muy al contrario, en pleno asunto, y voy á probaroslo. ¿Quereis que circulemos? Con mi traje de cutí empiezo á sentir algo fresca la arena.



—Circulemos, dijo Luciano levantándose.

Pusiéronse á pascar por la playa.

En compañía de Desvignes, Luciano de Aubier se encontraba mas á sus anchas, sentíase mas jóven.

El señor Desvignes no era para él un superior, ni un inferior; era un hombre de buena sociedad, un igual.

Su gran fortuna, su honradez comercial reconocida en toda la plaza de Nantes, su paternidad, hacian dar al olvido su reputacion de *vividor*.

En la ciudad, una escesiva intimidad con Desvignes hubiera tal vez comprometido á Luciano.

En los baños de mar, en uso de licencia, todo escrúpulo sobre el particular hubiera sido, en realidad, exajerado.

El magistrado, viejo antes de tiempo, podia rejuvenecerse sin peligro ninguno, al contacto del armador, siempre jóven, á pesar de sus cuarenta cumplidos.

—¡Vaya! ¿á donde dejamos el famoso apodo? preguntó Luciano.

—Á eso voy. ¿Fumais?

—No... no acostumbro...

—Tomad; ahí teneis cigarrillos rusos que he traído de París. Son muy suaves y no os harán daño ninguno. Probad...

—¡Sea! exclamó Luciano despues de un rato de vacilacion, y como si tomara un gran partido.

Andando, andando, habian llegado al extremo de la playa, del lado de Painchateau.

—¿Hemos de ir mas lejos aun? preguntó el jóven substituto; paréceme que el mar vá á impedirnos el paso.

—No tal... Deslizaos á lo largo de esa pared, y cuando la hayamos franqueado, nos encontraremos en una pequeña playa á la que no alcanzará la marea.

—Ya estamos.

—Sin duda os preguntais ¿por qué razon os he traído aquí?

—Lo confieso.

—Pues es muy sencillo; tengo que contaros una historia, y en vez de pintaros el lugar donde pasó, os conduzco á él. De este modo no podreis quejaros de mis descripciones, ni me acusareis de inexacto. ¿Habeis mirado bien en torno á vos?

—Perfectamente.

—Á nuestro frente, el mar; á izquierda, la pared que acabamos de doblar; á derecha, esas rocas que se adelantan y que no nos permiten, por ahora, ir mas allá; por último, la pequeña playa de siete á ocho metros cuadrados donde nos encontramos.

—Todo eso he visto.

—¡Pues bien! hallábame en este mismo sitio, hace algunos dias, á las diez de la noche, con Closel. ¿Conoceis á Closel?

—¿Ese jóven que nuestro nuevo prefecto ha traído de París para hacerle secretario suyo? Sí; le he encontrado en algunas *soirées* oficiales.

—Despues de habernos paseado largo rato por la playa, charlando, habíamos llegado aquí. El mar, en su lleno, como actualmente, estaba aquella noche silencioso y tranquilo; ni un soplo de aire, ni una estrella en el horizonte: oscuridad completa! encima de nuestras cabezas, cerníanse sombríos nubarrones, y ante nosotros bajábase y se elevaba en intervalos iguales una ancha sábana de agua negruzca, con un ampolleo monótono. Hacia un calor sofocante y no pensábamos en acostarnos, tanto era lo que temíamos aquella noche tempestuosa. Despues de haber encendido un cigarro, íbamos á tendernos allá, sobre la arena, en aquella fragosidad de la roca, y á continuar hablando de mil y una cosas indiferentes, cuando de improviso, dícame Closel: «¡Toma! ¡alguien se está bañando aquí cerca!»—¡Á esta hora! y ¿dónde?—No lo veo; pero estas vestiduras pertenecen, sin duda alguna, á un bañista...» Y al decir esto me presentaba diferentes efectos que sus manos acababan de encontrar en el momento en que buscaba sitio para sentar-



se.—Son prendas de mujer, repuse; á pesar de la oscuridad, á no dudarlo, hé aquí unas enaguas y un vestido, que probablemente habrán tenido el honor de cubrir á alguna lugareña de Painchateau que toma su baño antes de acostarse.—No tal, no tal, replicó Closesel, que continuaba palpando las vestiduras; este no es traje de lugareña, fácil es percibirlo al tacto; y este capuchon forrado de seda, y esta camisa de finísima batista... ¡diablo! ¡diablo! tal vez somos indiscretos, mas que indiscretos; yo vuelvo á colocar estas prendas en su sitio, tanto mas cuanto que de ellas se desprende un perfume que trastorna la cabeza, con este tiempo huracanado... Pero, yo conozco este perfume; yo lo he sentido, lo he aspirado alguna otra vez; pertenece á... ¡Vaya! ¡á fé mia! ¡no me equivoco...! apostaria cien luises contra uno á que estas vestiduras son propiedad de la señorita Diana Berard.—¡Cómo! ¡creeis!—Creo una cosa sencillísima. Ella habita no lejos de aquí; es una jóven escéntrica; ya la conoceis... Habráse dicho: Hace un calor sofocante ¿por qué no me he de bañar? así dormiré mejor. Ha bajado á este sitio, callandito; el punto es desierto, nadie á estas horas pone aquí los piés; nosotros mismos solo hemos venido por rara escepcion; se ha desnudado en la especie de cueva formada por esa roca, sin temor de ser vista, (pues ni nosotros acertamos á vernos), y se baña en alta mar, en su calidad de escelente nadadora. —Siendo así, díjele á Closesel, lo mejor seria retirarnos; á la señorita Diana Berard no le lisonjearia mucho, por cierto, el encontrarnos sentados en compañía de sus vestidos, y nuestra presencia en su gabinete-tocador puede estorbarla cuando se vista.—Teneis razon, partamos, y sin embargo, añadió exhalando un suspiro, hubiera habido cierto encanto, cierto atractivo en permanecer aquí! ¡Dios mio! ¡qué incómodo es á veces el tener buena educacion! Unos cualesquiera se ocultarian allí, en ese recodo del terreno. La señorita Diana no se apercibiria de su presencia y por consiguiente no tendria de qué ruborizarse... Y por cierto

que es lindísima, la señorita Berard, continuó Closesel animándose por grados, sí, lindísima, de una belleza sin igual, con una soberbia mata de pelo roji-rubio, y hecha...» Creí deber moderar su exaltacion y aminorar su sentimiento, diciéndole: «Haceos cargo, querido, que la oscuridad no permite ver ni á dos pasos de distancia, y que vuestra curiosidad quedaria con ganas de satisfacerse...—¡Vaya! exclamó, mas y mas animado sin duda por la tempestad que empezaba á sonar á lo lejos; ver, es algo, convengo en ello; pero ¿teneis en nada el placer de sentirse, en una noche como esta, con este tiempo y en la posicion en que va á encontrarse ella, á pocos pasos de una jóven y linda señorita? No se la ve, estoy en ello; pero se la adivina, se la siente, se escrutan todos sus movimientos, y, con auxilio de la imaginacion, esta misma oscuridad añade encantos á los encantos de la situacion. En fin, ¡partamos! así lo manda nuestra educacion ¡qué quereis!

Dirigíase Closesel rápidamente hácia ese lado, y yo me aprestaba á seguirle, cuando de repente me detiene paralizado por la admiracion.

Mientras charlábamos inclinados sobre las vestiduras de la nocturna bañista, y de espaldas al mar, éste se habia vuelto instantáneamente fosforescente.

Una inmensa sábana luminosa se estendia, se estrechaba y se alargaba por intervalos iguales, sobre toda la superficie de la bahía.

Miríadas de cuerpos incandescentes, de inmensas masas metálicas, corrientes de plomo fundido en una ardiente hornaza, millones de chispas parecian rodar en torno á nosotros.

Era aquello una iluminacion mágica y movediza, que se sentia vivir en cierto modo.

Hubiérase dicho que el Océano intentaba devolver al cielo los torrentes de luz que del mismo recibiera durante el dia.

Al mismo tiempo, el trueno roncaba á lo lejos.



Los relámpagos, de mas en mas frecuentes, iluminaban el horizonte.

El viento se alzaba.

Y las olas, que empezaban á estrellarse sobre las rocas, las rodeaban, por momentos, de una orladura luminosa y de un círculo de fuego.

Clozel habia vuelto á reunírseme, y fascinados, conmovidos mas allá de toda espresion, en pié, inmóviles, estrechándonos las manos, admirábamos en silencio aquella fiesta que de improviso nos regalaba la naturaleza.

—Si subiésemos á esa roca, dije al cabo de un rato á mi compañero, nuestra vista alcanzaria mayor estension y el espectáculo seria todavía mas grandioso.

Aprobó Clozel mi idea, y pronto nos hallamos instalados sobre la especie de plataforma que podeis ver allí arriba.

Desde nuestro observatorio reconocimos que la fosforescencia del mar no estaba limitada á la bahía del Pouliguen, sino que se extendia hácia el Océano.

La desembocadura del Loire parecia iluminada, y, en direccion de los Even, veíase á las olas elevarse, rodar, borbotar y abrasarse al contacto de los menores escollos.

De repente, sacóme de mi admiracion la voz de Clozel que gritaba: ¡Hedla allí! hedla allí!—A quién? pregunté.—A ella, á la bañista.»

Y al mismo tiempo me designaba, á algunos metros mar adentro, un punto que hacia sombra sobre la sábana luminosa.

Iba á hablar; mas Clozel me detuvo.

—Silencio, díjome, ahora ya no podemos huir, y ella no debe sospechar nuestra presencia en este sitio. Agachémonos, para que no nos perciba, ó mas bien, nó; es inútil; si ella está iluminada, nosotros no, y por lo tanto, no puede vernos.»

Era, efectivamente, la señorita Diana Berard, que volvia de alta mar y se dirigia hácia la costa donde dejara sus vestiduras.

Nadaba suavemente, sin darse prisa, admirando como nosotros el cuadro que ante ella se desarrollaba, y persuadida de ser la única que lo admiraba.

En el momento en que iba á alcanzar la playa, sintió, sin duda, el dejar tan pronto aquel mar espléndido, el arrancarse á aquel maravilloso baño.

Zambullóse de repente, y vimosla reaparecer al pié de la roca donde nos habiamos refugiado.

Esta roca, como podeis ver, se adelanta algunos piés adentro del mar, y el agua profunda que la circuye parece convidar á los bañistas.

La señorita Berard, á quien todos los rincones de la costa son familiares, habia evidentemente elegido este sitio, para entregarse mas agradablemente á su ejercicio, y dar un último adios á la mar.

Desde el punto donde nos hallábamos, dominábamos á la linda bañista y nos zambullíamos, por así decirlo, sobre ella.

¡Ah! querido magistrado!

Aquí es donde debeis taparos los oídos, en caso de que os hallaseis tocado de gazmoñería.

Por nuestra parte, á pesar de la reserva de que habíamos dado prueba al querernos alejar de estos sitios, á pesar de nuestra cortés educacion, y de nuestras delicadezas, no pensábamos en cerrar los ojos; tan seductor, original é imprevisto era el espectáculo que se nos ofrecia.

Imprevisto, sí, porque no se nos habia ocurrido una cosa sencillísima, á saber: que el baño de la señorita Diana no podia haber sido premeditado.

No sale una de su casa, á las diez de la noche, para irse á bañar.

Pero, en pleno estío, si la noche es sofocante, si el aire falta en el interior de las casas, si se teme el insomnio, sale una de su *villa* con la esperanza de respirar en la playa; paséase



un rato, echa de ver que el calor va haciéndose mas pesado, y se dice: «¡Cuánto me gustaria bañarme en este momento!» Vacila, resiste á este deseo, y aumenta... Pero, va vestida en traje de calle... no tiene á mano el traje de baño... ¡es muy incómodo un traje para bañarse!... y en resumidas cuentas ¿á qué está destinado? A salvar apariencias para con el mundo, los espectadores, los curiosos... En la playa no hay alma viviente; todo el Pouliguen duerme como un tronco, y además la oscuridad de la noche bastaria para ocultar á una á los ojos de todos... En vez de cubrirse con una bata, se cubre una de tinieblas ¿no vale mas así? Y luego, se zambullirá en el agua, solo con objeto de refrescarse; tal vez solo piensa en humedecerse las piernas... Entonces, busca un rinconcito muy solitario, muy oscuro, una fragosidad de la roca; empieza por quitarse las botitas y las medias, á fin de preservarlas de la espuma de las ondas; adelanta unos pasos mar adentro; llega el agua primero al tobillo, á las rodillas después... ¡Qué calentita es, cuanto placer se encontraría en humedecerse todo el cuerpo, y que bien se dormiría luego!... Para una imaginacion ardiente ¡qué voluptuosidad la de perderse en esa oscuridad, en esa soledad, en esa inmensidad!... Si; mas... ese último velo que se conserva puesto, no por temor á ser vista, lo cual es imposible, sino por respeto á sí misma, por pudor íntimo... ¡Vaya!... la tentacion es irresistible... vuélvese una á la playa, arroja la fina batista junto á las restantes vestiduras y corre á ocultarse en la onda oscura... Pero ¡oh milagro!... la oscuridad desaparece, el mar se ilumina, y sin sospecharlo, sin pensar en ello, encuéntrase una de repente iluminada con él...

La contemplábamos; no perdíamos ni uno solo de sus graciosos movimientos, ni un detalle de su espléndida belleza.

No os apresureis á condenarnos.

Nuestra curiosidad, os lo juro, no tenia nada de malsana.

Nuestras miradas, nada tenian de carnal.

Admirábamos como artistas; como se admira en un Museo algun espléndido estudio.

El cuadro que teníamos á la vista era de un dibujo demasiado correcto, demasiado noble, demasiado puro, para permitir á nuestro espíritu estraviarse, y á nuestra imaginacion divagar.

Sola nuestra alma se estasiaba, y en vez de admirar á la criatura, admiraba al Criador y se elevaba hácia él.

Ella nadaba tranquila, sonriente, graciosa, voluptuosa y casta.

No era una mujer, no...

Era Anfitrite, la diosa del mar, la hija de Nereo y Doris.

El Océano parecia su dominio, tan á sus anchas se encontraba en él.

No obedecia á las olas; al contrario, obedecíanla estas y la mecian al capricho de sus deseos.

Unas veces, acostábase de espaldas, estendíase á lo largo sobre la onda, replegaba ambas manos debajo de su cabeza, y se dejaba balancear por el líquido elemento.

Otras, placiase en golpear el mar y entonces la fosforescencia aumentaba en torno de ella, el centelleo de las olas acrecia por el frote y cada uno de sus golpes producía chorros de luz débiles aquí, esplendentes allí.

Otras, al contrario, oscureciendo de repente el agua en su alrededor, su cuerpo, solo, parecia iluminarse. Mil eléctricas chispas, mil rojizas llamaradas semejantes á otros tantos relámpagos, desprendíanse de sus cabellos, de su rostro, de sus hombros, de sus riñones y esparcian sobre ella mágicos resplandores.

Entonces fue cuando Closel y yo, sin consultarnos, por efecto de una especie de acuerdo tácito, la bautizamos con el apodo de: *la mujer de fuego*.